

La Real Academia de Medicina de Cataluña. Un breve ensayo histórico

FRANCISCO GARCIA VALDECASAS*

Ilustres señores académicos de la Academia Nacional de Medicina de México,
señoras y señores

Hace exactamente 23 años, en los días 29 abril, 5 de mayo y de julio de 1970, la Real Academia de Medicina, entonces, llamada de Barcelona, celebraba en sendas sesiones solemnes su CC aniversario. Los ilustres académicos Pedro Pons, Presidente y Rodríguez Arias, Secretario perpetuo hicieron ante numerosísimo público una, si bien breve, completa historia de tan prolongada y gloriosa actividad.

Lo que voy a exponer a continuación ilustres académicos de la Nacional Mexicana no es, por lo tanto, más que un torpe transunto de aquellas ilustres disertaciones en mi desmañado verbo. Mi palabra se verá doblemente demeritada ante la solemne ocasión que vivimos en estos momentos. Pues hoy, 30 de abril de 1993, me cabe el inmerecido honor de hablar en la solemne efemérides en que la, por tantos motivos, ilustre Academia Nacional de Medicina de México celebra la hierática sesión en la que festeja el CXXX glorioso aniversario de su fundación, al mismo tiempo que ve con gozo su renacer material tras el devastador y cataclísmico sismo que asoló la, por tantos gloriosos hechos, ilustre Tenochtitlan, dejando en ella a su paso tan sólo dolor y gemido enjugado con rapidez asombrosa por el titánico esfuerzo y la voluntad férrea del pueblo mexicano antes del cuarto aniversario de la catástrofe.

Nacimiento de la Academia de Barcelona

La Real Academia de Medicina de Barcelona tiene su exacta partida de nacimiento: el 4 de mayo de 1770. Dicha fecha es la del Real Acuerdo dado en Madrid por el Rey Carlos III para autorizar las sesiones de la "Barcinonensis

Academia Medicina Practica" que era su nombre exacto en el obligado latín en que debía expresarse en aquellos tiempos la ciencia médica.

Esto aparenta un nacimiento institucionalizado y sin embargo sabemos que las "Academias" de los siglos XVII y XVIII nacen más bien, como movimientos científicos al margen de la enseñanza oficial, representada por las universidades en general pontificias. La Academia de Barcelona como otras muchas y entre ellas la de México, según nos explicó en Barcelona en magnífica disertación el doctor Espinosa de los Reyes, tuvo en realidad antecedentes, podríamos decir populares.

Efectivamente, ya en 1754, un grupo reducido de médicos, a cuyo frente estaba el doctor José Ignacio Sampons se reunían en casa de éste para discutir problemas científicos. En aquellos tiempos de monarquías absolutas en todos los países europeos, no se podían mantener estas reuniones, ni aun siendo estrictamente científicas, sin una autorización que las protegiera de la maledicencia. Así pues, pidieron la correspondiente que fue informada muy favorablemente tanto por el Ayuntamiento como por la Real Audiencia. A pesar de ello la oposición proveniente del propio colectivo médico y del Protomedicato consiguió diferir la resolución real y finalmente que fuera contraria. No cesaron en su empeño los médicos ilustrados catalanes hasta que veintiseis años después, en la fecha más arriba indicada lograron la autorización real y con ella el nacimiento como Institución.

Las Academias

La sola palabra Academia ya nos evoca la gran época de la cultura griega, la primera cultura humana fundada en la razón. En el jardín de Akademos, bajo los legendarios

* Académico

plátanos de sombra, consagrados a Atenea la diosa de la sabiduría en el Atica, profesó Platón y fue su discípulo Aristóteles. Y precisamente allí, en la deliciosa pradera tan ambientada por las creencias mitológicas, se consumó la gran proeza de separar la ciencia de la mitología. Y Platón fundó el primer museo.

Durante siglos las distintas culturas habían hecho avances científicos indiscutibles en el conocimiento de la naturaleza. Sumerios, caldeos, asirios y sobre todo egipcios habían alcanzado notables progresos en la matemática, en la astronomía y en la medicina. Habían construido templos grandiosos que desafiaron el paso de los siglos y habían conocido con precisión los cursos del sol y de la luna y el devenir de los eclipses. La acción curativa de muchas plantas, aprendidas de la experiencia, era la base firme de su ciencia médica. En remotas regiones, entonces desconocidas para Occidente, otras culturas como la China y la Maya, habían logrado también avances semejantes.

Pero los hombres de todas ellas, asombrados y temerosos ante una naturaleza tan hermosa como, en ocasiones, terrorífica veían en cada árbol, en cada monte, en cada río, en cada fenómeno meteorológico, en cada acción curativa un dios que lo dominaba, hermoso y temible a la vez. Se adoraba una naturaleza que no se comprendía. La simple explicación deífica daba, con facilidad, una solución al mismo tiempo sencilla y convincente.

Arrancar la comprensión del universo de la oscuridad de los templos y sacarla a la luz cegadora del sol mediterráneo, fue la gran obra que hoy reconocemos a unos hombres unidos entre sí por una cultura impar. Formaron un mundo aislado de ciudades alejadas entre sí pero enlazadas únicamente por la cultura que ellos mismos, por primera vez, concibieron: La filosofía o, en nuestra lengua llana; "El Deseo de Saber". Abordaron los más difíciles conceptos, plantearon al puro razonamiento los más arduos problemas, y propusieron las respuestas más aceptables con sólo el esfuerzo de la mente. Con ellos comenzó la civilización occidental. La medicina científica, demasiado filosófica acaso, también nació con ellos.

Desde entonces, sin perder continuidad, con los altos y bajos propios de todo proceso vivo, la cultura helena ha marcado el devenir de la ciencia en todo el mundo. Y el nombre de Academia continuó durante siglos designando a los centros del saber o a las reuniones de los filósofos. En el mundo helenístico la Academia de Alejandría que llegaría a ser famosa por el inculcable valor de su biblioteca. En el mundo romano, con Cicerón a la cabeza y su Academia de Tusculo, o con el propio emperador Adriano a las orillas del Tiber, siguieron también cultivando la cultura griega. Tan fielmente griega que ni la tradujeron a su idioma. En tiempos del imperio romano los

escritos de los filósofos no se necesitaban traducir al latín ya que la lengua griega les era familiar a los doctos.

Los árabes en su época de esplendor fundaron también academias, y por primera vez tradujeron los escritos clásicos de los filósofos a otro idioma distinto del griego. En la famosa escuela de traductores de Damasco, en Siria, hombres de cultura griega vertieron al idioma de los vencedores, el árabe, los tesoros de su filosofía. Unos siglos más tarde, en la no menos famosa escuela de traductores de Toledo, en España, la filosofía griega alcanzó, desde el árabe, la versión latina y con este idioma se difundió por todo el mundo occidental.

Tras lo que se ha llamado con propiedad la "noche del Medioevo" reaparecen en Europa los círculos de estudiosos. Con el viejo nombre de Academias o con el nuevo de Universidades, se inicia el movimiento deslumbrante del Renacimiento, es decir, el reanacer del helenismo."

Pero no menospreciemos, sin embargo, a la edad Media. La noche del Medioevo fue verdadera noche para la cultura, es cierto. Pero las noches no son tan estériles como parecen. Los campesinos con su sabiduría tradicional, aprendida en cientos de años de callada contemplación de la naturaleza, conocen bien que la noche no es estéril. Al contrario, que en su seno se gesta la fertilidad futura y que, en el silencio de los plenilunios tranquilos del helado invierno, profundizan las raíces de las pequeñas plantas en la tierra fértil y se absorbe la sabia nutrición que sustentará, llegado el momento, la gran explosión de vida de la primavera.

Así sucede también en el devenir del hombre y de su cultura. Durante el dilatado Medioevo europeo (del 400 al 1.500; más de mil años) la cultura occidental que ya tiene, a más de las raíces griegas, las aportaciones judeo-cristianas, se difunde calladamente por los pueblos bárbaros. Los humildes frailes seguidores de San Benito (480-529), llamado el padre de Europa (*civiles cultur Magister*, según título otorgado por el Papa Paulo VI) y sus pobres sayales fueron extendiendo durante siglos la cultura greco-latina hasta los lejanos confines del círculo polar. Al final del primer milenio se puede decir que la ingente labor ya se ha completado. Desde el Mediterráneo hasta el helado glaciar. Los pueblos bárbaros del norte alcanzan un nivel homogéneo con los de la cultura mediterránea, y así todo el conjunto europeo forma un terreno fecundo para un nuevo florecimiento de la filosofía.

El renacimiento de las Academias en España

Entonces nacen a partir de los albores del siglo XIII por toda Europa nuevas inquietudes del saber, plasmadas en reuniones de doctos ("ayuntamientos de profesores y discípulos")

en palabras del Rey Sabio de Castilla), llamadas unas veces Universidades y otras Academias que surgían a iniciativa de círculos de eruditos y a *posteriori* refrendadas por los príncipes reinantes (cosa necesaria entonces).

España es cabeza en este movimiento cultural. Dos circunstancias le favorecen. Por una parte la presencia de los españoles arabizados en el sur de la Península, entre los que siguió viviendo el helenismo, transmitieron a la España latina, antes que a ningún otro país europeo, por vía directa, la filosofía y la medicina griega con aportaciones orientales. Por otra, la curiosidad que despertaron los descubrimientos de los nuevos mundos que aparecían ante sus atónitos ojos a partir del siglo XV. En especial los españoles admiraban la nueva naturaleza que se revelaba y se sentían intrigados por los conocimientos existentes entre las poblaciones nativas, al tiempo del descubrimiento. Testigos de esta inquietud son los numerosos tratados que se escribieron sobre las “cosas” que se “iban descubriendo”.

No era la medicina la que despertaba menos interés. Los conocimientos médicos de los naturales causaban extrema curiosidad. Citemos ante todo como muestra el tratado azteca de *Materia Médica* escrito en su propio idioma por el mexicano Martín de la Cruz, médico del Colegio de la Santa Cruz en Tlatelolco (1536), pocos años después de la conquista de Tenochtitlan, a instancia del ilustrado Francisco de Mendoza, hijo del primer Virrey de la Nueva España, que quería que los españoles conocieran de buen testimonio la eficaz ciencia médica mexicana. El escrito azteca fue vertido en correcto latín por el también azteca Juan Badiano, profesor igualmente en el mismo colegio, a petición de Jacobo de Prado, Prior de la Orden de San Francisco, a la que estaban encomendados los estudios universitarios del referido colegio. El manuscrito titulado en latín *Libellus de Medicinalibus Indorum Herbis* está fechado en 1552. Esta joya histórica ha sido publicada por primera vez en español en 1964 por el Instituto Mexicano del Seguro Social, en magnífica edición profundamente comentada por diversos especialistas. Merecido homenaje a los dos grandes científicos mexicanos.

Del interés y la admiración que la medicina indígena pronto despertó entre los españoles se ha hecho eco recientemente el doctor mexicano García-Valdecasas Rath, de ustedes conocido, en la magnífica conferencia que pronunció en Barcelona (España) en la Real Academia de Farmacia. En ella hacía mención de un dato que juzgo importante recordar aquí “Asombra, dice el doctor García-Valdecasas, que tras la derrota de Tenochtitlan los españoles heridos, enfermos, agotados, desmoralizados, se recuperarán del todo en tan sólo 22 días gracias (cita al cronista) a los cuidados de los Tlascaltecas y estuvieron de nuevo, tras tan

breve lapso de tiempo, en condiciones de recomenzar la campaña. Para ellos esto debió parecer un milagro, acostumbrados a las contrarias curas de purgantes, sangrías, vomitivos, etc. que en toda Europa los médicos usaban, obedientes a la teoría filosófica de los cuatro humores, tan errónea como dañina.

Son numerosos los pasajes de los cronistas y del propio Cortés, en que se cita la eficacia de los remedios indígenas. El mismo García-Valdecasas cita la demanda que Cortés hace a España de profesionales diversos que se necesitaban (sacerdotes, herreros, etc.) en la Nueva España pero sin pedir nunca ni farmacéuticos ni médicos, “pues los de aquí son muy buenos” según palabras textuales.

Naturalmente todas estas cosas estimularon la curiosidad de los doctos españoles y así se explica que tanto por los que a México habían ido con misión apostólica, como Bernardino de Sahagún (1500-1590), “Historia General de las Cosas de Nueva España”, como por eruditos de España enviados expresamente por los reyes para estudiar la medicina y la naturaleza, como Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557) “Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano” o el protomédico Francisco Hernández (1514-1587) “Historia Natural de Nueva España”, se escribieran esas obras monumentales que hoy se admiran. Y no añadimos otras muchas de todos conocidas por no citar más que las más destacadas.

La confusión debía ser grande en la España culta ante el contraste entre esta nueva y eficaz medicina empírica, con sus nuevos medicamentos y plantas traídas de lejanas tierras (el guayaco, el Bálsamo de Tolú, la coca, el curare, la jalapa, la ratania, la patata, la zarzaparrilla, el cacao, la quina, las drogas alucinógenas, etc.) con las tradicionales medicaciones fundadas en la errónea teoría filosófica de los cuatro humores que dominaba la cultura europea de aquel tiempo.

Este nuevo saber empírico de los pueblos americanos terminó dominando incluso en España por el falso cientifismo médico-filosófico, al igual que siglos antes había sido menospreciado el empirismo clásico a favor de la llamada medicina científica de raíz filosófica. Sirva como ejemplo el desprecio con que los médicos “científicos” españoles miraron a la corteza de quina (el gran remedio contra el paludismo) presumiblemente porque su sabor no era el que correspondía a un “simple” (una planta) de carácter “frio”, que era el necesario para combatir las fiebres.

En la medicina europea, a pesar de las desgracias que continuamente producían la teoría de los cuatro humores, su filosofía, ligada a la concepción aristotélica del universo, permaneció inmovible mucho años después de que

aquella se hundiera bajo los estudios de Galileo y de que Servet y Harvey hubieran descubierto la circulación de la sangre.

Verdadera Academia, incluido Museo, debe considerarse la Escuela Botánica que fundara en Sevilla el médico Nicolás Monardes (1493-1588). Además fue autor de una obra en tres tomos publicada en 1569 sobre historia medicinal de las cosas que se traen (pues él no llegó a pisar nunca suelo americano) de nuestras Indias Occidentales. Es natural que en Sevilla, la ciudad que concentraba las idas y venidas por el "mar océano" se hicieran círculos de doctos intrigados por tantas novedades, Monardes en la obra citada estudió las nuevas medicinas y fundó el museo para su exposición de modo sistemático, por lo que es considerado como el "padre de la farmacognosia moderna".

Universidades y Academias

Quizás debamos decir algo sobre la significación que en el transcurso del tiempo ha ido tomando la palabra Academia. Naturalmente que su acepción fundamental de círculo filosófico-científico no ha variado. Pero en el renacer de la cultura helénica se forman también otros círculos científicos. Importantísimos fueron los creados al calor de las Catedrales: las universidades. No es de este momento intentar el análisis de un fenómeno, que a mi manera de ver, tuvo enorme trascendencia, pues por una parte supuso un progreso extraordinario al dar a las ideas religiosas consistencia científica basada en la filosofía helénica (Tomás de Aquino 1225-1274) pero, por otra, perjudicó notablemente al progreso de la ciencia, a la que inmovilizó en sus dogmas, al unir lo que el razonamiento helénico había separado.

A mediados del siglo XVI se planteaba, pues, de nuevo la separación de la ciencia y de la religión. Y como en tiempos de Platón no se logró el anhelado designio sin el sacrificio de héroes que deben ser por siempre recordados. Las Universidades con su influencia eclesial se polarizaron hacia la enseñanza y requerían Bula pontificia, lo que les daba internacionalidad e independencia de los poderes públicos.

Progresivamente, por el contrario, la palabra Academia se fue reservando para otras instituciones igualmente culturales, pero con misiones definidas de índole práctica. Entre la célebre Academia Florentina y la Universidad de Bolonia no había en su tiempo (el cuatrocientos) mayor diferencia. Por el contrario las nuevas Academias de los siglos XVII y XVIII se estructuran para el cultivo de materias concretas: por ejemplo, el estudio de la lengua; *Académie Française* (1635) o el estudio de las ciencias;

Academia-liceo de Roma (1603) a la que perteneció Galileo o la *Royal Society* de Londres (1662) a la que perteneció Newton, etc.

Entre las Academias de Medicina mencionemos como más trascendente a la *Académie Royale de Chirurgie* (1731) de Francia que tuvo decisiva importancia para el desarrollo de la cirugía, ciencia menospreciada en aquella época por los médicos científicos.

La Real Academia de Barcelona

Pero volvamos al tema concreto de la Academia de Barcelona. Por su situación geográfica en la costa oriental de la península más occidental de Europa, a orillas del mediterráneo, la ciudad de Barcelona tenía el embalzamiento ideal para, como nuevo Jano, mirar y recibir los efluvios culturales emanados tanto de Oriente como de Occidente. Y así vemos que en 1440, en Nápoles, entonces bajo dominio catalán se funda la Academia Pontaniana, una de las primeras del Renacimiento.

En 1400, en tiempos del Rey D. Martín el humano, consta que había en Barcelona un Colegio de Medicina (no universitario) consolidado más tarde por Ordenanza del Emperador Carlos en 1557 y cuya vida se prolongó hasta los comienzos del siglo XVIII. También es digno de mencionar que en Cataluña, en 1511 los "boticarios" reunidos en Cabildo general y luego en Consejo (podríamos decir en Academia) acordaron *nemine discrepante* "que en lo sucesivo las medicinas se compusieran en forma homogénea" para lo que se publicó la primera verdadera farmacopea (misión típica de Academias) a la que se llamó "*Concordia Apothecariorum Barcinonae*".

También debe considerarse como de espíritu propiamente "académico" la creación en España de los Reales Colegios de Cirugía. Estas instituciones siguieron el camino iniciado por los cirujanos franceses y su *Académie de Chirurgie*. El catalán Pedro Virgili, cirujano de la Armada Española, la primera Academia (o Colegio) de Cirugía dedicada a la enseñanza de esta ciencia (1748). El éxito fue tan extraordinario que doce años después (1760) se crea una nueva Academia con el mismo fin, esta vez en Barcelona, por el propio Virgili para coronarse el proceso con la creación del Real Colegio de Cirugía de S. Carlos en Madrid, por el discípulo de Virgili.

No es de este momento comentar la extraordinaria influencia que el progreso de la cirugía motivado por este movimiento científico en Francia primero, y después en España tuvo sobre la propia medicina ni las tremendas controversias que hubo de vencer frente a la enseñanza de la medicina filosófica de las universidades. Digamos tan

sólo que aquellas primeras academias no universitarias de cirugía, menospreciadas por los médicos filósofos, llegaron a convertirse en verdaderas escuelas de medicina que más tarde absorbieron en su seno a las propias facultades universitarias. Hoy día, en España se considera cronológicamente como primera auténtica Facultad de Medicina, la de Cadiz y segunda la de Barcelona. Notemos en esta ocasión que el famoso y mundialmente conocido Instituto Carolingio de Suecia tuvo el mismo proceso histórico de gestación unos años más tarde (1810).

Evolución en los siglos XIX y XX

Aún limitadas a la esfera de la medicina práctica las academias sufrieron los embates de una feroz oposición institucionalizada. Los Colegios de Cirugía tuvieron una vida menos controvertida por la misma naturaleza de la ciencia quirúrgica menospreciada por la medicina filosófica y sobre todo por el éxito alcanzado en el tratamiento de los numerosos casos quirúrgicos en el Ejército y en la Armada (el Colegio de Cirugía de Cadiz era para la Armada y el de Barcelona para el Ejército) que les logró la protección de las Instituciones.

La pobreza de la Academia de Barcelona, en sus comienzos, se muestra en que había de reunirse en la propia casa del Secretario doctor Sampons hasta que el ayuntamiento les facilitó un local paupérrimo con unos bancos, cuatro sillas de paja y una mesa. A pesar de todo, los éxitos alcanzados en las misiones que se le encomendaban le merecieron el dictado de "Regia Academia" (1786). No por esto terminaron sus desgracias, pues el propio Ayuntamiento la echó de "forma humillante" (palabras de Pedro y Pons) del precario local concedido unos años después. La benevolencia del Capitán y General salvó la situación acogiéndole en su propio Palacio y más tarde dándole unos locales permanentes en el Palacio de la Inquisición.

Después de la necesaria interrupción de sus sesiones durante la guerra de la independencia contra Napoleón, la Academia abrió sus puertas en 1814 aunque sólo por nueve años, pues en 1823 los avatares políticos con el absolutismo de Fernando VII le cerró de nuevo sus puertas aunque por un breve período, pues las Academias recobraron el favor real tres años más tarde por influencia del doctor Castello y Ginesta, médico del monarca.

De la actividad en la medicina merecen señalarse las misiones que propusieron llevar a cabo sus fundadores. De

los estatutos de origen, nuestro más venerable compañero y Presidente de Honor doctor Rodríguez Arias recoge el siguiente párrafo: "Como la medicina es hija de la experiencia, será objeto principal de esta sociedad la observación de la naturaleza en sus enfermedades endémicas, epidémicas y esporádicas; las causas así generales como particulares que las producen o las sostienen en nuestro país, de su verdadero curso y terminación, de sus síntomas característicos, del método curativo más eficaz y de los medios para preaverlas".

Esta propuesta de actividades se ha reproducido en los sucesivos estatutos. Mencionemos de los estatutos de 1886 como más destacadas: cultivar y hacer progresar las ciencias médicas, evacuar las consultas que el Gobierno o las autoridades provinciales o ayuntamientos les hagan, evacuar los dictámenes de medicina forense que los jueces les consulten y recoger todos los datos sobre epidemias, epizootias y todos los útiles materiales para la historia y bibliografía médicas.

Excuso la referencia detallada de las muchas e importantes circunstancias en la que ha desempeñado su labor o los hechos más destacados de sus ilustres miembros. Merece sin embargo destacarse el interés que demostró por la vacuna jenneriana en época tan temprana como 1801 creando un premio para el estudio de la duración de la inmunidad y también la publicación de un "Plan para la Preservación y Curación de la Rabia o Hidrofobia" que adoptó oficialmente la Junta Superior de Sanidad mandándolo editar y circular.

Ultimamente, y como consecuencia de la nueva situación autonómica, la Real Academia de Medicina de Barcelona pasa a denominarse de Cataluña para significar su condición de servir en las antiguas misiones encomendadas a la nueva organización política de la Autonomía Catalana.

En estos siglos XIX y XX la Academia con un *númerus clausus* de 40 miembros numerarios ha sido prestigiada por los nombres más gloriosos de la medicina catalana yendo su prestigio en aumento hasta el punto de que la Academia es hoy, meta deseada por todos los médicos catalanes. Sería profijo e inútil destacar los más sobresalientes.

Con esto doy fin a mi modesta disertación. Como decían los clásicos; "excusad sus muchas faltas". Modestamente espero, señores Académicos mexicanos, haber cumplido con esta breve exposición el encargo de su ilustre señor Presidente de presentarles nuestra Real Academia de Medicina de Barcelona.